

Carmen Vincenti

**¿Existen días felices?**

**No todos los días son felices · Joaquín Marta Sosa**

Caracas: Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana, 2011, 276 pp.

Carmen Vincenti es profesora del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar, Caracas. Ph. D en Letras, University of London. Bajo el nombre de Carmen Bustillo publicó ensayos críticos como *Barroco y América Latina. Un itinerario inconcluso* (Monte Ávila Editores, 1990, 1996). Ha publicado seis novelas y dos volúmenes de relatos, entre ellos: *Y la sombra como siempre detrás de sí misma* (Alfaguara, 2001), *Cuentos de seducción* (Panamericana, 2005), *Bajo las ruedas del tiempo* (Random House, 2008), *Vidas clandestinas* (Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana, 2011).

Joaquín Marta Sosa es profesor de Literatura y Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Simón Bolívar en Caracas, donde fue Decano de Estudios Generales. Ha publicado hasta el momento catorce poemarios, varios libros de ensayo y numerosos artículos de prensa. Es Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua desde 2010.

*...el Árbol Transparente resultaba insospechadamente hermoso,  
y su translucidez aparecía azul como el cielo de las mañanas  
que amanecen completamente limpias. Es de cuerpo suave y  
su ramaje es como una cabellera larga, rizada de letras y voces  
que solamente el interior de cada quien puede escuchar.*

JOAQUÍN MARTA SOSA, *EL GRAN RESCATE*

RESULTA UN RETO para el lector tratar de abarcar de un solo aliento los cuarenta y tres cuentos que componen el volumen de Joaquín Marta Sosa *No todos los días son felices* (2011). No tanto por su número sino por la variedad temática, discursiva, contextual; por los vínculos y contrastes que se establecen entre unos y otros y entre los tonos y ritmos de la prosa; por la disparidad de puntos de vista en el manejo de las voces narrativas. Y, sobre todo, por la significación que plantea el texto desde su inquietante título.

En cualquier caso, dada su complejidad y extensión, resulta imprescindible atender la arquitectura del texto como totalidad; es decir, lo ideal sería desmontar cada una de sus partes para rearmarlas luego en una búsqueda de sentido que no se limite a los logros de un relato u otro. Sin pretender tal tarea por el momento dentro de este limitado espacio, pero manteniendo la propuesta de una visión global, iré explorando las constantes que van destacándose –en el contrapunto entre los determinantes del mundo representado y la configuración de los personajes– a través del diseño en cuatro capítulos, más los dos cuentos independientes que abren y cierran el volumen.

Tal vez la huella de mayor peso como patrón narrativo, desde el comienzo, sea la situación límite. Las historias pocas veces se construyen a través de tramas que se desarrollan en el tiempo; por el contrario, el discurso se ubica casi siempre en el meollo de un conflicto. Puede ser una especie de pesadilla que persigue a un hombre en el término de su camino al trabajo: catástrofe tras catástrofe en un único párrafo sin respiro; el fin de una relación de pareja en visión simultánea –contradictoria, desatinada– de un personaje sobre otro; la puesta en escena de la incompetencia para enfrentar el conflicto: esa incapacidad de las palabras para decir lo realmente importante y su cualidad de disfraz, expuesto con concisión impecable, en contraste con relatos donde el narrador en primera persona se atropella en reflexiones que se amontonan unas sobre otras sin orden ni concierto. En casi todos ellos la acción transcurre prácticamente en un episodio continuo en tiempo y espacio –aunque puede intervenir algún recuerdo–, donde además se reitera la constante temática del desencuentro, con frecuencia entre parejas. Quizás de allí la significación del título que lo precede:

“cada latido es diferente”: personajes que no logran comunicarse, que indefectiblemente se equivocan en la percepción de lo que el otro piensa o siente, situación que puede conducir incluso al crimen.

Y ese perpetuo desencuentro se hace aun más violento en el segundo capítulo pues se traduce en un choque frontal con la realidad toda. Aquí predomina lo fantástico, las situaciones inexplicables e ilógicas que atacan súbitamente a sujetos que, en principio, parecerían normales y terminan siendo alucinados o dementes ante, de nuevo, momentos extremos, estados límite. ¿Será lo que nos quiere decir el encabezado, “debajo del agua”? ¿Lo que está por debajo o por encima de la realidad racional y donde, tal vez, reside un vestigio de la tan anhelada felicidad? Puede ser el ataque de locura que le sobreviene a un hombre al despertar, o el miedo a la locura del país que a la vez que lo trastorna lo devuelve a la realidad y a una promesa de liberación; las reflexiones desconcertadas de alguien que ha perdido su dinosaurio, el cual ni él mismo sabe si estaba fuera o dentro de él; la progresiva conciencia de que estamos siendo “invadidos por el mal” (¿alegoría política?).

Se destaca particularmente el caso de una mujer común y corriente, explotada por un marido bruto y varios hijos varones, aislada del mundo como no sea para ir al mercado los lunes –únicos momentos en que atisba una migaja de bienestar–. Sufre una especie de ofuscación que le vacía aterradamente el mundo a su alrededor, ante lo cual su mayor angustia la formula en un clamor a Dios: “No me dejes en este mundo, sola en esa casa y con esos hombres. No, Dios mío”. También el relato que presenta un reloj de pueblo –antiguo, sólido, hermoso–, asentado en el arco de una floristería, que de pronto da horas disparejas por cada uno de sus frentes, y, en medio de un silencio total, cada uno de sus lados se empieza a poblar por gente de épocas diferentes– “feliz”, en gran jolgorio– que súbitamente empieza a ser arrastrada por una tormenta bíblica que va devastando todo: una especie de pesadilla apocalíptica, más espeluznante por el hecho de estar narrada en una prosa impecablemente lúcida, al igual que la que describe las obsesiones que acosan al personaje de otro relato, conduciéndolo a la demencia total.

En definitiva, un asomarse al pánico que produce lo incomprendible, más aun cuando proviene de nuestro propio interior. Pero a la vez –en contraste con los cuentos de la primera parte, son mucho más asentados en la “realidad real”–, la presencia de trazas de esperanza en oposición a aquella rotunda imposibilidad de acceder a la felicidad, aun cuando eventualmente pueda estar al alcance de nuestras manos.

Y después de la escalofriante dimensión que circula por ese segundo capítulo, se hace fascinante el que, bajo el título de “La sombra del museo”,

relatos en principio desconcertantes se vayan develando como acuciosas y poéticas descripciones de pinturas, esculturas, instalaciones. Hay siempre un ojo que ve y detalla colores, formas, intenciones, que imagina anécdotas tras la escena representada, que dialoga y discute con las figuras que a su vez –con violencia, en ocasiones– hablan, sueñan, interpelan al observador o se rebelan tras el vidrio que las aprisiona. En “Amor a pesar de los ciruelos” –de particular refinamiento verbal– se llega a una especie de polifonía entre lo que se describe, los misterios que supone el espectador tras la imagen, y lo que narran y comentan personajes dentro del mismo cuadro. El único destello feliz, sin embargo, que podría observarse a través de la decena de títulos, provendría de la belleza intrínseca que la palabra capta y nombra en relación a lo contemplado.

Influenciados por ello, quizás, abordamos el primer cuento del siguiente capítulo como la descripción de una escena estática descrita por un observador que intercala un “digo” de vez en cuando. Pero no. Aquí volvemos a las situaciones límite que subrayan la incomunicación, las tragedias personales y sociales, la decadencia, la soledad irremediable. Esa “La otra habitación” dentro del individuo donde anida la parte oscura de la psiquis. Apresado en un párrafo único, nos asomamos a un monólogo de memorias rotas que aglomera los desmanes de la lejana juventud; en otro, a la historia de un nuevo desencuentro de sueños y ambiciones que culmina en asesinato y suicidio. Eso sin renunciar a una dimensión que podríamos llamar suprarreal, ni tampoco al acontecimiento fulminante, tan extremo, en un caso, que sobrepasa lo creíble: el episodio de un coleccionista perturbado que castiga tan salvajemente a su hija de cinco años que le destruye las manitas por haber roto su última adquisición. O el del niño que se suicida sin querer queriendo manteniéndose bajo el agua, donde encuentra un mundo mágico –visualizado en exquisitas imágenes– como creado solamente para él, cercano a la placidez total, sin el desasosiego de las amenazas del padre o los ruidos y fantasmas que acucian sus sueños. Más allá nos topamos con los pensamientos de un fotógrafo –abrumado, alienado, descorazonado– que vive el espanto frente a la desolación de un pueblo arrasado por la guerra, donde lo único que se mantiene intacto es un maniquí con vestido de novia: la fortuna, parecería decirnos aquí el texto, no podría ser concebida sino del otro lado del espejo, en un mundo donde ni la guerra ni el odio existieran. Pero como si el autor se propusiera completar un tapiz de la miseria humana, hay un par de cuentos en este cuarto capítulo que se adentran en la mente del sicario, en sus motivaciones, en sus miedos, en sus auto-justificaciones, en su peculiar ética. O en las divagaciones de un borracho designado a cumplir una venganza –que remite no sólo al crimen personal sino también al social–, a la vez que hurga en el estímulo que impulsa a unos “niños

ricos” a asesinar a sangre fría ... “sólo se trató de ver cómo era eso, qué se sentía con un muerto de propia mano”.

Sin embargo, tal vez el relato más turbador de este conjunto es “La señora Mayorca”, donde se logra articular, en total fluidez, la degeneración individual que conlleva la edad con la degeneración social. El enamoramiento de dos muchachos por una profesora, bella y perfecta de juventud que, años después, se ha convertido en una desconocida matrona. Degeneración de la capital –Caracas–, irreconocible desde los ojos de aquellos niños de sexto grado que son los interlocutores en presente, habitantes de una ciudad amable ya desaparecida. Narrado en una primera persona de voz exaltada, la violencia verbal del desenlace espejea la violencia de esa ciudad donde la desdicha y el peligro acechan, castigando y anulando toda inocencia o ilusión posible. Este relato, junto a “Dos hombres de azul” y “¿Cómo se sale de esto?”, sintetiza tal vez la sensibilidad más profunda que anima el volumen.

Ahora bien, para intentar aproximarnos –al menos someramente– a lo que llamé en un principio la arquitectura del texto, las dos historias que abren y cierran el conjunto tienen una importancia categórica: dibujan una especie de órbita parabólica que tal vez encierra el sentido global de la obra. La que inaugura el universo narrativo se acerca a la ciencia ficción –aunque la celeridad de los tiempos invalide cada vez más lo de “ficción”, convirtiéndola en realidad al alcance en la pantalla del televisor o en la computadora casera–. Narra el episodio de un astronauta en misión de comprobar si hay vida en un paraje sideral de los confines galácticos, y el inequívoco desenlace informa que no la hay según los parámetros de la ciencia que observa desde acá, incluyendo la desintegración tanto del astronauta como de la nave. En la base todos celebran el “no hay vida” (como seguramente era la hipótesis), sin que pareciera afectarles en absoluto la desaparición del hombre tragado por la nada: lo importante es el éxito de la misión. Todo ello, presentado en un lenguaje pulcramente objetivo que narra los hechos sin comentarlos. Por oposición, en el cuento de cierre, –magistral término a tanta historia de desencuentros y desgracias–, el autor desarrolla (en una muy deliberada prosa poética, fiel al resto de la obra de Marta Sosa) una fantasía ¿infantil? conservada ... “en el corazón de la memoria”, una leyenda ¿fecundada de varios cruces? que se afincan en la imaginería tradicional de monstruos y pruebas a vencer –a la vez que se nutre de la fabulación más en uso: cinematográfica– para dar como resultado el triunfo del bien sobre el mal, cifrado en el rescate de un “Árbol Transparente” hecho sólo de palabras. ¿Podrá leerse que son las únicas capaces de construir la felicidad, por más fugaz que ésta sea? ¿La señal esperanzadora en contraposición al primer cuento donde la vida –en

un futuro que ya es presente– no tiene ningún valor, cuando aquí es el centro de la fe, así sea tomándola como viene, de día en día? ¿La imagen de que los momentos felices residen únicamente en la fantasía?

Tal vez es ya lugar común asumir que la felicidad no existe como “estado de ánimo sostenido”, o “tiempo continuo”. También lo es aceptar que se da por instantes privilegiados que rara vez llegan a tener la extensión de un día. Este volumen de cuentos hincó el diente en ese anhelo ancestral a través de un vasto y espinoso recorrido de situaciones y personajes que –me atrevería a decir– apuntan más que nada a la búsqueda del yo como única vía a la mera supervivencia, y, a través de él, a la consecución de, al menos, instantes de ese tan esquivo estado de éxtasis, de alegría, de bienaventuranza, de goce. O como queramos llamarlo. Pero, de cualquier modo, si existe, está dentro de nosotros mismos (que es desde donde podemos oír las palabras del Árbol Transparente). ¿Será entonces “el gran rescate” la metáfora del encuentro con nuestro yo interior, único territorio capaz de darle sentido a nuestras vidas y proporcionarle un atisbo de felicidad?

Sin argumentos firmes ante tantas interrogantes, sólo me resta por decir que, si para el lector resulta un reto desentrañar el sentido de tantas y tan plurales historias, más arduo aun es el reto emprendido por el autor, es decir, construir un universo ficcional coherente con escritos generados en épocas y fuentes tan disímiles (según confiesa en su “Memorial quizás innecesario”) y desde una óptica tan arisca como el tema que los enuncia. Y lo logra, así sea abriendo más preguntas que respuestas.